

# EL "VARA DE PALO"

## LEYENDA TOLEDANA

POR

### Ricardo Domínguez

No soy supersticioso, pero reconozco, sin saberlo explicar, que hay palabras y cosas que nos inspiran un temor y una aversión injustificados. Por esto, al hojear hoy un álbum de dibujos históricos, y al leer al pie de uno de ellos el nombre de Antonio Pérez, me he sentido más solo y he creído que alguien andaba a mis espaldas, cuando, en realidad, no eran otra cosa que las pesadas cortinas de la puerta moviéndose al viento. Sin embargo, aquel nombre me puso carne de gallina y me dejó inmóvil un momento.

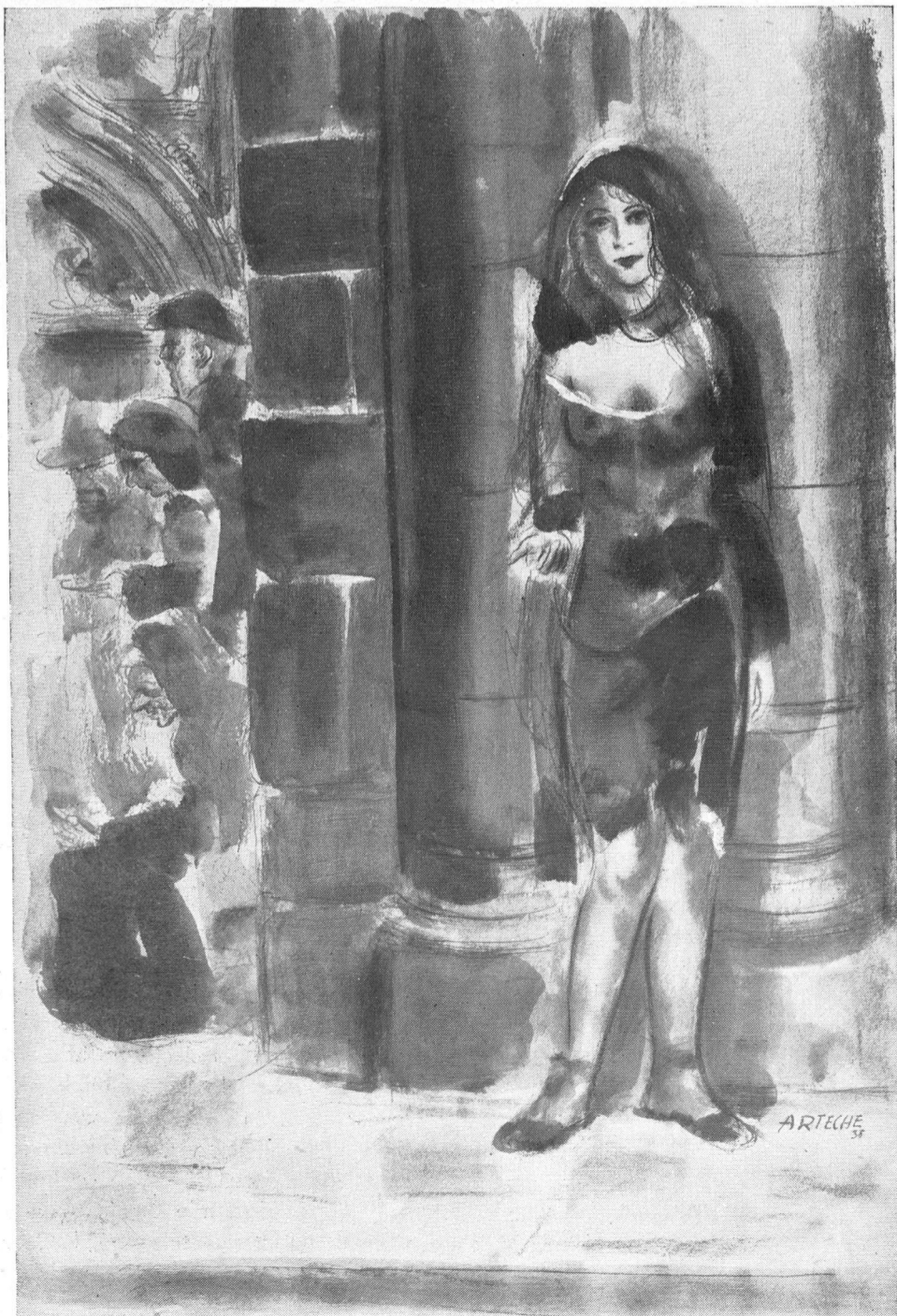
Aunque, ciertamente, a quien se dedica el apunte es al famoso secretario de Felipe II, no vino a mi imaginación la ambiciosa figura del enemigo de don Juan de Escobedo y amante de la princesa de Ebofi, sino que mis ojos, mirando en la memoria, vieron—quizá por un misterio del atardecer—la silueta de un hombre seco, alto, con los ojos brillantes, que, envuelto en una gran capa negra, tenía un aspecto de embrujado y una repugnante semejanza de murciélago.

En Toledo, durante los tiempos de mi adolescencia, acostumbraba mi padre, todos los domingos, llevarme a la Catedral para oír misa de doce. Recuerdo que siempre entrábamos por la puerta del Niño Perdido y dábamos unos silenciosos paseos bajo los claustros solitarios. A veces, me explicaba la vida de alguno de aquellos santos que Bayeu representó en sus frescos, y cuyas historias llegaban a mi cerebro agrandadas por una mística unción de niño creyente.

Cuando la campanilla del acólito llamaba insistente, anunciando el comienzo de la misa, dejábamos nuestros paseos, cruzábamos unas naves del templo e íbamos a situarnos, como siempre, junto a una apartada columna, donde habría un gran recogimiento, a no ser por aquel perezoso coro que formaban el bisbeo de las beatas y el entrechocar de las cuentas de los rosarios.

Aquella media hora que duraba la misa permanecíamos arrodillados, y aunque a mí me torturaba la postura, procuraba mantenerme en ella por temor a mi padre, que, hincado en el suelo, parecía estar ausente de sí mismo. No obstante, y pese al dolor de mis rodillas, que se amorataban, buscaba motivos de distracción para desvanecer un poco mi incomodidad, y ocurría que me pasaba casi todo el tiempo viendo adormecerse y despabilarse las lamparillas que ardían ante el retablo gótico de la capilla de doña Teresa de Haro.

Terminada la ceremonia, volvíamos a atravesar en silencio las naves de la Catedral, y salíamos, al fin, por la puerta del Reloj a la calle. Antes de llegar a ésta, y todavía en el templo, hallábamos invariablemente, en el mismo lugar, la extraña figura del «Vara de palo» Antonio Pérez, que, junto a unos escalones, impedía la entrada de mendigos inoportunos.



Llevaba los vestidos rotos, y descubría el comienzo de sus pechos en un maravilloso despertar de adolescencia.

Era Antonio Pérez un hombre alto, apergaminado, de ojos vivos y frente pequeña. Andaba midiendo los pasos, y cuando lo hacía, sus huesos producían un sonido hueco y sus enormes botas negras chinaban escandalosamente, como si le quisieran huir de los pies. No sonreía más que cuando, en verano, oía los truenos de las tormentas y veía el luminoso resplandor de los relámpagos. Entonces su rostro adquiría una rara expresión de contento, que se acentuaba con crueldad cuando cualquiera miraba medroso a las nubes. Si hablaba, aunque pocas veces, eran sus palabras tan sordas, inexpresivas y atropelladas como un relato apagado en el eco de un pozo. Únicamente, al acompañar a algún canónigo a la sacristía, se extremaba en zalemas, y era de ver su paso frente a los altares haciendo profundas y extravagantes genuflexiones.

En el atrio, cuando salíamos de la Catedral, unos pobres—la mayoría, viejas y ciegos—levantaban un rítmico murmullo de salutación, para acabar pidiendo, lastimeros, con la mano extendida, una limosna por el amor del Señor.

Como por pocas monedas el negocio con Dios era grande, siempre había quien dejara algún dinero a los mendigos, que, a costa de la Divinidad, continuaban entonando maquinalmente su serenata pediguéña.

No a muy larga distancia de aquel grupo de mendicantes, una muchacha de cabellos rubios y de ojos tristes imploraba también, como aquéllos, la caridad de los creyentes. La llamaban Marta. Tenía una voz clara, que le temblaba en los labios con emoción de lágrimas... Llevaba los vestidos rotos, y descubría el comienzo de sus pechos en un maravilloso despertar de adolescencia.

Algunas veces, los golfillos de los alrededores se acercaban a ella con intenciones de acariciarla las piernas o los brazos, y casi siempre salían malparados por algún coscorrón que la muchacha les propinaba al defenderse.

Un día, mi padre y yo, al salir del templo rezagados de la mayoría de la gente, que ya alcanzaba el final de la calle de la Feria, pudimos ver a Marta, junto a la pared, asustada ante el asedio desvergonzado de unos bribones que la acorralaban sonrientes y malintencionados.

Uno de ellos, cínicamente, pretendió tocarla, pero una bofetada de la muchacha estalló ruidosa en los mofletes del granuja. Este, tranquilo, llevóse la mano a la cara, sonriendo estúpidamente con sus amigos, y escupió a Marta.

La adolescente habló, indignada y llorosa:

—¡No escupas! ¡Judío!...

El golfillo dejó caer pesadamente unas palabras:

—Y tú... ¡zorra!

Los demás bribones rieron con descaro.

Marta, entonces, gritó más fuerte:

—¡Judío! ¡Judío!... ¡Como me vuelvas a tocar...!

Esta vez la contestación del pícaro tuvo dos sentidos:

—Ya te tocaría si fuera «Vara de palo».

De improviso, una maldición salió del atrio como queriendo escapar de la Catedral. Tras de la maldición venía Antonio Pérez, barriendo el suelo con su capa negra y moviendo de un modo singular los músculos de la cara.

Los muchachos que rodeaban a Marta echaron a correr en grupo hacia el centro de la ciudad. Parecía como si hubieran visto al mismo diablo...

Antonio Pérez les siguió un trecho con su rapidez descompasada, pero enseguida volvió sobre lo andado lento y humilde. Al cruzar frente a Marta, movió los labios y aceleró el paso. Después, abriendo una puerta del templo, desapareció en la obscuridad. De la Catedral salió un vaho caliente que oía a flores secas, a humedad y a incienso.

El reloj de la torre puso limpiamente, en el tiempo, una hora más.

Antes de acostarme, la noche de aquel mismo día, miré—cosa que no tenía por costumbre—debajo de la cama. Un miedo, que poco a poco se acentuaba en mí, me dejaba los nervios en una cobarde excitación. En realidad, debajo de la cama no había más que un par de zapatos que me acababa de quitar, pero éstos me parecieron, en su natural inmovilidad, dos cosas extravagantes y amenazadoras. Bruscamente, una fuerza invisible hizo pasear mis miradas por la habitación. Mi cuerpo proyectaba una sombra grotesca, que se doblaba sobre las aristas de la ventana y se desdoblaba en el plano de la pared. De la cocina vino a mis oídos un chocar de vidrios. Si en aquellos instantes hubiera tenido serenidad, habría adivinado que el ruido lo producía el gato al tropezar con botellas y vasos. Pero no comprendía nada; el miedo me aturdió más... Apagué la luz, busqué a tientas la cama, y ya en ella, conteniendo la respiración, permanecí largo rato escuchando en silencio.

Durante el resto de la noche tuve un sueño horrible: Antonio Pérez me perseguía por un campo que no acababa nunca. Yo corría, huyendo de él, y la fatiga parecía que iba a paralizarme el corazón. Pero Antonio Pérez seguía corriendo tras de mí, haciendo chillar sus botas como si fuera pisoteando vencejos.

Me despertaron unas campanadas del reloj de Zocodover. Amanecía. Por la ventana entreabierta penetraba una luz perezosa que iba dando relieve a los objetos. Desde mi cama veía un trozo de cielo y las últimas estrellas, que se despedían con guiños. Yo estaba triste. Además tenía una gran congoja, como si hubiera estado llorando durante mucho tiempo.

No sé si mi padre había pecado mucho aquella semana, pero lo cierto es que el sábado, cuando entraba la noche, me cogió de la mano y me llevó a la Catedral.

En el trayecto de mi casa al templo no hablamos una palabra. El crepúsculo era frío, como nuestro silencio, y el aire se pegaba a nuestros cuerpos y nos pesaba al andar.

Cuando acabamos la calle del Hombre de Palo, el viento se hizo más fuerte. Algunas de las viejas que bajaban a la sabatina, con una silla de tijera al brazo, arrebujadas en sus mantos, parecían brujas de cuento en una tempestad, bajo el farolón del Arco de Palacio, que oscilaba como el péndulo luminoso de un reloj.

Entramos en la Catedral. La obscuridad buscaba refugio en el interior de las capillas, y era impresionante la rigidez de los cirios que chisporroteaban al través de las rejas.

Frente al altar del Cristo tendido, un viejo sacerdote, arrodillado, carraspeaba de vez en cuando.

Sobre el suelo, unas grandes chapas de bronce decían con una inscripción el lugar de un enterramiento, y todo el templo tenía esa soledad tranquila de la Religión y de la Muerte.

Llegamos a la capilla de la Virgen del Sagrario cuando aún había muy poca gente y todavía no estaban encendidas las luces del altar. De lo alto caía la débil claridad vespéral, que iluminaba tristemente la oración sencilla de una tumba:

«HIC IACET PULVIS CINIS ET NIHIL»

Allí estaba dormido para siempre el cardenal orgulloso y lascivo que sabía ser místico para mirar a Dios y también ser galante para besar a las princesas.

Nos detuvimos en un rincón, bajo una pesada lámpara de bronce. Delante de nosotros, un grupo de mujeres rezaba con un mosconeo monótono, y a veces alguna de ellas se interrumpía para suspirar.



Repentinamente creció un estremecimiento de órgano. En los rincones se avivaron las velas, y las rosas desmayadas de los búcaros tuvieron un temblor musical.

Habían terminado ya los rezos. En los cañones de los órganos aún humeaban las últimas notas de la salve. Las imágenes destacaron la simplicidad de su naturaleza muerta; las arandelas de los cirios acabaron de babear la cera, y todo, otra vez, fué a llenarse de sombras, para dormitar profundamente ante las últimas luces de las capillas.

También el silencio se hizo denso. Sólo nuestras pisadas buscaban el eco de las naves desiertas.

No habíamos llegado todavía a la capilla de San Pedro, cuando un acontecimiento nos detuvo. Noté que la mano de mi padre apretaba fuertemente la mía hasta hacerme daño. Fijé la vista en él, y vi que su rostro pálido iba perdiendo toda la fisonomía de su carácter, para convertirse enseguida en una iluminada expresión de presentimientos.

Y me habló por lo bajo:

—Mira.

Sobre nuestras cabezas, un vivo resplandor cárdeno se estrellaba, arrancando livideces de las figuras dibujadas en los vitrales. Algunas arañas de cristal movíanse, columpiándose suavemente. El aire de la calle gemía en las rendijas, como si buscara cobijo en el templo, y los truenos que comenzaban a estallar me dieron la impresión de que hacían resentirse las columnas.

Una brusca sacudida de mi padre me hizo andar más aprisa, casi a zancadas, para poder llevar su mismo paso. No lo recuerdo bien, pero debíamos ir congestionados. Las rejas me pasaban vertiginosas por el rabillo del ojo, y la sombra de mi padre, que se me deslizaba entre las piernas por aquel pavimento de ajedrez, me hacía dar saltos para no pisarle el cuello.

Cerca de la puerta del Tesoro nos salió al paso Antonio Pérez. Habíasenos presentado tan de repente, que nos detuvimos un instante para continuar caminando más despacio; pero el enjuto «Vara de palo» apremió otra vez nuestra marcha, acompañándonos precipitadamente hasta la salida, mientras decía con una insistencia nerviosa:

—¡Vamos! ¡Vamos! Es ya tarde, muy tarde.

Y como observara que nos extrañábamos de sus gestos, se acercó a mí para darme una palmada cariñosa, en tanto que agregaba, procurando disimular su inquietud:

—¡Adiós, adiós!... Es ya tarde, muy tarde ..

Aquellas palabras sueltas, sin importancia, tuvieron no sé qué de súplica y de anatema. Un relámpago alumbró claramente su figura. Había clavado la vista en las losas y sonreía de una manera oculta.

Salimos.

A los claustros se asomaba la algarabía verde del jardín, bamboleado por la tormenta. El viento, ululante, retorciase en los ángulos levantando remolinos de polvo, y el aleteo desagradable de los murciélagos llenaba con ruidos de aquelarre aquellos lugares.

En la calle ya era noche cerrada.

Una mano delgada se tendió ante nosotros. Era de Marta, la niña mendiga, que se guarecía de la tempestad hecha un ovillo temeroso bajo el dintel. Estaba sola. Los demás pobres, que como ella salmodiaban a diario hasta la salida de los últimos fieles, sin duda ganaron tiempo al tiempo ante aquel anochecer de perros, para ir a recogerse en sus miserables sotabancos de las afueras.

Mi padre dejó una moneda a Marta, que repuso con su sonsonete de siempre:

—Dios se lo pague, señor. Hasta mañana—. Y besó el dinero.

Nos alejamos calle arriba muy ligeros. Comenzaba a llover con fuerza. Las piedras negridas y musgosas de las fachadas se iban empapando. Gruesos chorros de agua bajaban de las gárgolas, para chocar estrepitosamente contra las aceras. Los relámpagos, ca-

da vez más continuos, encendían chispazos fantásticos en las cristaleras de los balcones. Por los muros, las hiedras trepadoras brillaban gozosas, y de ellas transcendía el olor fresco de la hierba mojada.

Al entrar en la vieja casona que habitábamos, escuchamos un violento campaneo, que duró largo rato. Al cabo de él, todo volvió a entristecerse en los siglos de las callejas.

Crujía la escalera bajo nuestro peso. Mi padre iba pensativo, y yo le adivinaba.

Hablé:

—¿Oíste?

Pude comprender en su gesto que le contrariaba mi pregunta.

Se hizo de nuevas:

—¿Las campanas?

—Sí.

—No; no me preocupan las campanas... ¿Piensas tú acaso que me preocupan las campanas?

—No he pensado eso, pero...

—Ya sé que no son horas de tocar. Y de ese modo tan raro... A lo mejor el viento...

¡Naturalmente! ¡Era el viento!...

Y mi padre, como quien se quita un peso de encima, respiró satisfecho de haber encontrado una justificación.

Ya arriba, tiré de la campanilla, cuyas estridencias llenaron toda la casa. Acudió a abrirnos Mónica, nuestra anciana criada. De los pasillos vino el bullicio de mis hermanos pequeños.

Afuera seguía la tempestad.

Al día siguiente, hacia el alba, cuando el campanero de la Catedral, todavía soñoliento, fué a tocar a misa prima, tropezó al entrar en el campanario con el cuerpo de una niña que en el suelo húmedo agonizaba ensangrentada, revuelta en un desbarajuste impresionante de ropas desgarradas. Tenía los ojos inmensamente abiertos, secos de llanto. Sobre sus pechos blancos, desnudos al aire frío del crepúsculo, abríanse cinco profundas heridas de bordes requemados, como si una gigantesca garra de fuego se le hubiera clavado en lo hondo de la carne. De las heridas, varios hilos de sangre, que ya se iban coagulando, le bajaban lamiendo perezosos hasta el vientre redondo.

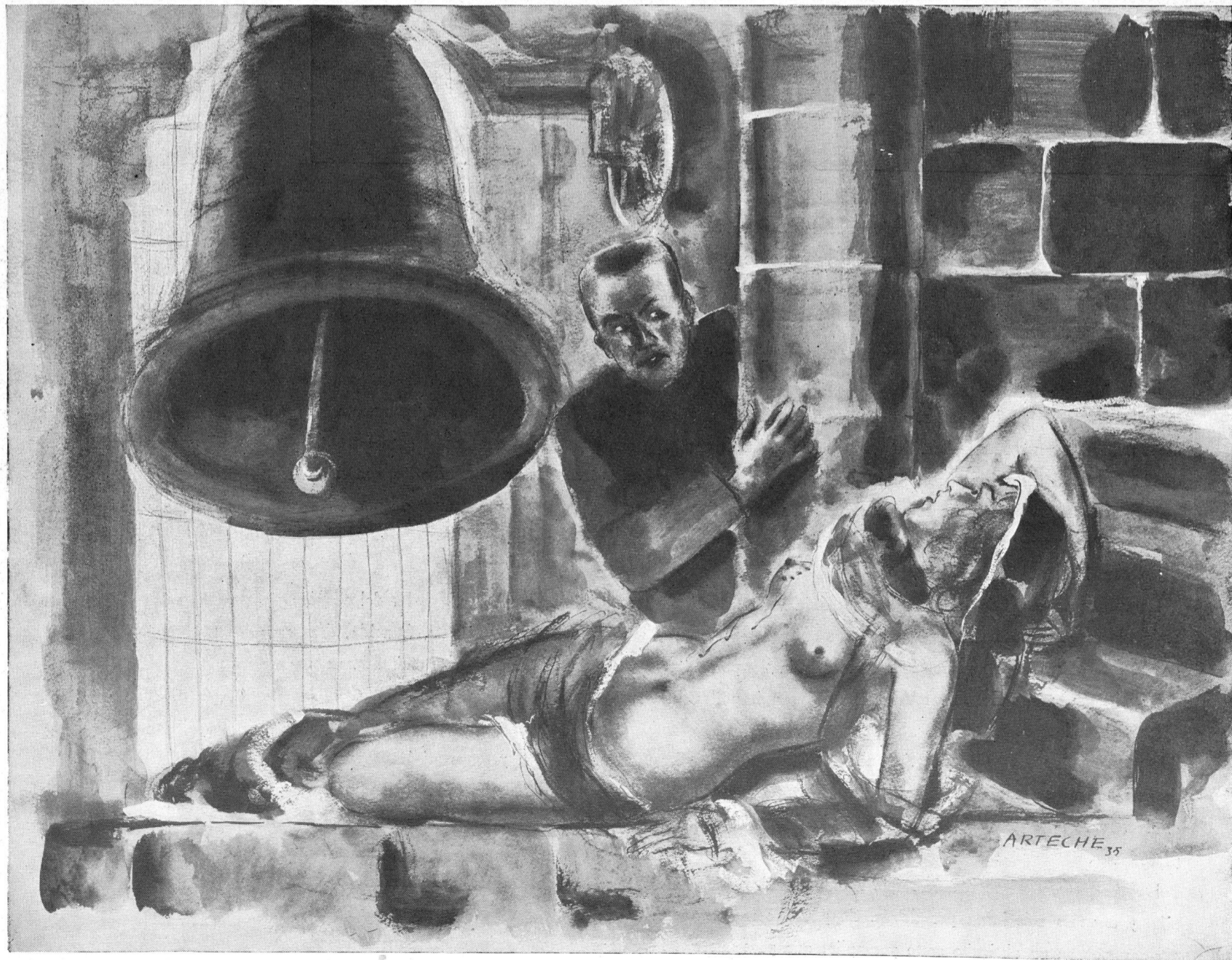
Cuentan que el campanero quedó inmóvil, desencajado en aquella caja de paredes negras, y que, a la hora en punto de tocar a misa, algo invisible batió con furia las campanas. Mientras, la niña herida moría sin remedio entre el vuelo de los bronce.

En los tragaluces de la torre comenzaba a prender el sol claro de la mañana despejada. Sólo en uno de ellos le era imposible al día abrirse camino, porque sobre las rejas se extendía, a contraluz, una especie de manteo negro, cuyas puntas latían al relente de la madrugada cual enorme murciélago que, cogido entre redes, pugnara inútilmente por huir al espacio, quedando allí como símbolo trágico de sacrilegios y concupiscencias.

Mi padre me dijo que quienes la conocían comprobaron que la niña muerta en el campanario de la Catedral era Marta, la mendiga.

De Antonio Pérez, el misterioso «Vara de palo», no se supo nunca más.

ILUSTRACIONES DE ARTECHE



Tenía los ojos inmensamente abiertos, secos de llanto. Sobre sus pechos blancos, desnudos al aire frío del crepúsculo, abríanse cinco profundas heridas de bordes requemados...



# SILUETAS DE PRIMAVERA

Por MADELEINE MILLET

CRONISTA DE MODAS DE "CIUDAD" EN PARIS

SERVICIO EXCLUSIVO



"Maxim's". Creación de Lucile Paray - 8, Place de la Madeleine París.

Vestido crespón romano negro. Capa lino rosa, pespuntes del mismo color; nudo colocado a la espalda



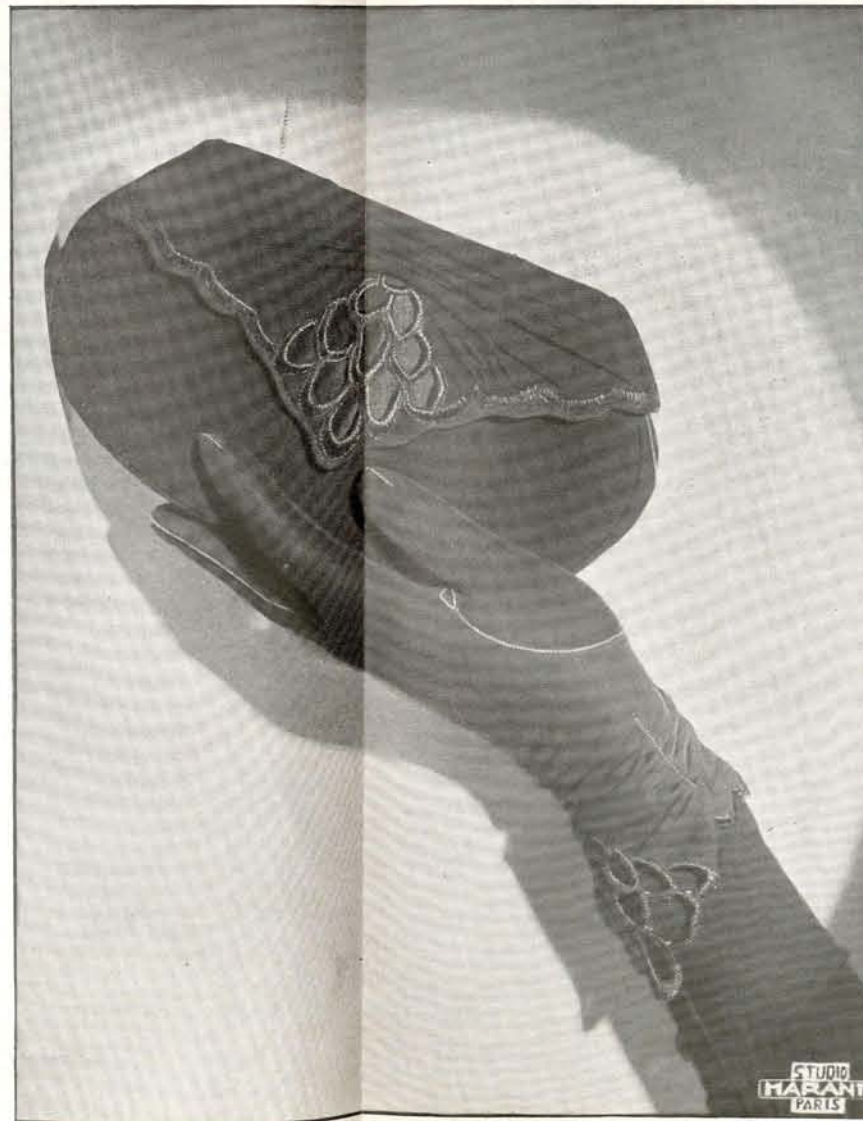
"Me esperan". Creación de Lucile Paray - 8, Place de la Madeleine París.

Vestido crespón romano negro. Blusa crespón blanco estampado, grandes lunares. Chaqueta romano negra, guarnecida con zorro plateado



"La Feria". Creación de Alexandrine

Guante de piel de Suecia para tarde o atardecer. Bolso haciendo juego



La elegancia proverbial de la parisiense es debida, sobre todo, al papel importante que concede a la "petite robe". Son los términos con los que designa el vestido de calle.

¡Qué cariño siente por este vestido, sobrio y fácil de poner, y que cuando lo abandona lo hace con pena! No existe nada más "chic" que él. En cuanto marzo hace su aparición, se siente su necesidad. Por eso reserva siempre para él una parte relativamente importante de su presupuesto de gastos.

En la calle, la moda es siempre definida en sus manifestaciones, pero la "petite robe" ha de estar siempre bien hecha, de acuerdo con la moda reinante, y no durará más que esta moda... efímera. Como antiguamente, ya no es pobre a fuerza de sencillez. Al contrario, para hacer contraste con los vestidos que nos ofrecen las casas que han aceptado establecer precios en extremo baratos, debe estar hecho de detalles muy estudiados, con un refinamiento maestro, de un corte complicado, de una originalidad discreta y, sin embargo, resultar de una sencillez elegante a la vista; ése será todo su secreto, que llevará la marca de su creador.

La novedad es la falda ancha.

La silueta característica de la tarde nos deja ver un vestido airoso, con un drapeado alrededor del cuello. La falda es de campana en todo el vuelo, o recta detrás con el vuelo en la parte de delante, fruncida, drapeada o a pliegues; es un poco más corta que la temporada pasada (treinta centímetros, aproximadamente, desde el suelo); el talle, más esbelto, dando gran importancia a las cinturas.

Los colores han de ser discretos. El "beige" ya no es el favorito, oponiéndole tonos de seda cruda, verde pálido y a rayas en dos tonos. El gris, que se lleva mucho para los vestidos de noche y tonos grisáceos para los de mañana, no se emplea para los vestidos de tarde. Mucho negro, siempre "chic" y elegante; mucho azul marino, sobre todo para las dos piezas que la moda de primavera preconiza este año mucho más que los años precedentes.

La chaqueta, chaleco o bolero que acompaña al vestido podrá ser, a gusto, con el vuelo delante o detrás, y a veces más larga por detrás. Se podrá completar también con una capa o una chaqueta con mangas-capa o con un abrigo corto y amplio, que parece ser el favorito esta temporada, o, para los días más

cálidos, con un gran cuello formando pelerina, que recuerda el collarín de los buenos tiempos pasados, y que, sin embargo, hace una silueta muy joven.

El vestido será a veces de un color, y la capa o el abrigo, de otro.

Se adorna con esas mil naderías que dan una muy graciosa feminidad: chalecos, chorreras, papalinas, guarniciones incrustadas, bordados ingleses, que pueden quitarse y cambiar de aspecto el vestido; además, trabajos en telas, como nidos de abejas, vivos finísimos, pespuntes, frunces y pliegues huecos, que hacen tal vez un poco más "seco", pero muy "alta costura".

La mezcla del tejido de lana y del tafetán, liso o acolchado, ofrece conjuntos deliciosos y muy parisienses.

Los vestidos de tarde son notables por sus negas muy variadas: o esclarecidas de blanco, redondas u ovaladas, al nivel del cuello, o drapeadas, o fruncidas. La misma variedad para las mangas: muy voluminosas, montadas a diversas alturas, desde el cuello hasta el codo, o cortas en el codo, o tres cuartos.

Se emplean los tejidos de fantasía, tejidos de brillo, sobrios tejidos estampados, crespones granizados, lanas finas, tafetán. Y, queridas lectoras, si os gustan los tejidos de lunares, tendréis con qué satisfacer vuestra fantasía: los habrá de todos los tamaños, desde el tamaño de la cabeza de un clavo hasta el de un duro... Ejemplo: el delicioso modelo que publicamos.

Como ven, es un bonito conjunto por todos estilos.

En esta moda ecléctica, todas pueden elegir según su físico y su gusto, y, quitando cierto número de mujeres bastante felices—o bastante desgraciadas—que no tienen otra preocupación que la de la moda a todo trance, aceptar tan sólo lo que encuadre con sus conveniencias particulares.

Sencillo, pero refinado, el modelo de guante de tarde o de anochecido, en piel de Suecia cosido, que se abotona en el puño, con adorno de frunces, y termina con un bordado Richelieu, tono sobre tono. Bolso adecuado.





# AGA KHAN

Por HARRY GREENWALL

Si el sentido dramático significa violentos contrastes entre la luz y las sombras, entonces el sultán Mahomed Shah, conocido popularmente con el nombre de Aga Khan, ha de ser el más dramático tipo del mundo.

En el Oriente representa al Occidente, y viceversa. Para muchísima gente, Aga Khan es un personaje de mediana edad, que tira su dinero en las carreras y por las salas de juego de los casinos. Para otros muchos millones de prójimos, es una persona «sagrada», de recio carácter, que comanda a sus adeptos, los musulmanes.

Se le puede ver ataviado a la usanza indú, a lo oriental, o bien, vestido a la europea, desempeñando una misión secreta en Lausanne, que es el centro animado de la política oriental de Europa.

Cuando no se le advierte en Cannes, veraneando, es que, sin duda, no ha regresado de una importante misión política en Egipto. A menudo, atiende una subasta de *yearlings* en Deauville y luego toma parte, de pronto, en un enredo crítico suscitado con motivo de que el ejército griego ha sido derrotado por los turcos.

Mil y una historias se le han atribuido, la inmensa mayoría exageradas o equivocadas. Por supuesto, es hombre de gran fortuna. Tierras y mansiones en la India, dos residencias en Francia, un criadero de caballos en Irlanda y otras valiosas propiedades, además de algunos millones de libras esterlinas disponibles, bien que, en la actualidad, puede que no posea más de dos millones de libras, pues hasta los multimillonarios han sido grandemente afectados por la crisis mundial.

Aga Khan es un financiero muy astuto; desciende directamente del Profeta en grado cuarenta y tres; combina en sí la cultura del Oriente con la del Occidente; algunas de las figuras más prominentes en las finanzas de Norteamérica me han confiado que es un hombre de gran acierto para las grandes empresas; y ello se comprende al recordar que fué electo vicepresidente de la Liga de las Naciones en las asambleas celebradas el último septiembre.

Veámosle en su departamento del Ritz Hotel, de Londres. Miss Blain, una tan hermosa como competente joven, ha sido su secretaria particular durante doce años. Las cartas que recibe se contestan a mano. Cientos de cartas recibe todas las semanas, desde las que le piden veinte mil libras prestadas hasta las de los adeptos musulmanes, pobres y

confiados, que solicitan ayuda para vivir. No es muy pródigo; no tira la plata tan perspicaz tipo. Socorre a esos necesitados, poniéndoles en contacto con las instituciones benéficas que sostiene, algunas de ellas de carácter educativo.

Veámosle ahora más de cerca todavía, en contacto activo y como director silencioso de una gigantesca maquinaria política que tiene por escenarios Londres, París, Deauville o Antibes. A la vez que jefe espiritual de millones de musulmanes, es caudillo político de más de cien millones de esos fanáticos. Periódicamente, entre aquellas numerosas masas se hacen suscripciones, cuyos totales van a parar a manos del sacerdote musulmán que está bajo la dirección de Aga Khan, y es muy probable que únicamente estas dos personas conozcan el monto exacto de tales suscripciones; y esas sumas, así como entran, salen...

Allá, por sus dominios orientales, existen centros para la provisión de semillas y ganados, para la distribución de alimentos entre los famélicos y para el establecimiento de escuelas y universidades. Centenares de miles de libras se han de invertir en esos menesteres. La Provisión Central se halla en Bombay. Con frecuencia, la secretaria, miss Blai, manuscrite una cartita que ha de ir acompañada de un cheque por una fuerte suma.

Aga Khan nació en 1877, contando ocho años cuando sucedió a su padre en el título y la autoridad del *agakhanato*. Era muy joven aún cuando hubo de intervenir en los negocios públicos, y uno de sus primeros actos políticos ocurrió en 1893, durante los graves motines entre indúes y musulmanes de Bombay. Aconsejó a sus partidarios que se mantuviesen alejados de todo conflicto.

En 1896, aquel británico rajalato vióse amenazado de la peste bubónica. Reinaba gran inquietud, y el peligro amenazaba ser mayor, porque los nativos se negaban a ser vacunados e internados en los hospitales. Aga Khan, personalmente, rompió con tales prejuicios, dejándose vacunar ante el público.

Veamos ahora al deportista. Epsom, 1930. La multitud surge en Tattenham Corner. Una voz, una aclamación se exhala de todos los labios: «Diolite», el nombre de un caballo castaño. En el Gran Stand se halla un caballero contemplando a través de sus rayos gemelos el gran espectáculo. El caballero luce un sombrero de copa, de fulgente negrura, y viste un traje mañanero. La carrera está en pleno curso. Un caballo, rajando, alcanza y pasa a «Dolite». Es «Blemheim», propiedad del hombre de los gemelos, de Aga Khan, quien, con una ancha sonrisa entre sus carnosos labios, presencia el primer triunfo que logra de gran categoría: el Derby.

Contemporáneo a este suceso, representa el poder de sus millones de musulmanes en las conferencias llamadas de la Tabla Redonda, celebradas para discutir asuntos de la India en el palacio de St. James.

Jugador de «golf». Muchas mañanas, ataviado deportivamente, va a los campos célebres donde se disputan los más renombrados campeonatos.

Pocas semanas después, vestido a la usanza indú, se convierte en el «Supremo Sacerdote» de sus millones de fieles. No se puede pedir vida más variada y activa.

En cuanto al regodeo de su amplio estómago, Lúculo, pro-

bablemente, no se regalaba con más exquisitos y substanciosos manjares.

Otras veces, en sus dominios, supercontrolados por el Gobierno inglés, recorre las ciudades en su poderoso *motor-car*, siendo aclamado fervorosamente por sus adeptos, que se arrodillan ante el descendiente del Profeta... mientras que él, recostado sobre los mullidos cojines, sonríe y bendice...

De regreso de una de esas excursiones de inspección política, siéntese de nuevo *sportsman* y firma un cheque de cien mil libras para adquirir el caballo «Solario».

Tuvo tres esposas: la primera, una prima, de la que no hubo sucesión; un musulmán deberá tener tres esposas y, por lo menos, un heredero, obligación tanto más imperativa cuando se desciende del mismísimo Profeta.

Digamos que la familia del príncipe Aga Khan tiene su origen en Persia, hace cientos de años, y la línea genealógica ha sido mantenida. La segunda esposa de Aga Khan fué una dama italiana, que le dió dos hijos, uno de los cuales falleció en los primeros años. El otro es el heredero, el príncipe Alí Khan. La madre murió en 1926, y con su hijo se halla enterrada en Monte Carlo. La tercera esposa se llamaba mademoiselle Andrée Carron, modista, con su hermana, en el Boulevard Haussmann, de París, Tiene con ella un hijito.

Hombre múltiple, como se habrá visto.

Deauville, en el verano de 1934. Una hermosa casa, magníficamente amueblada, ha sido alquilada para el príncipe Aga Khan. Allí se instala con su familia. Sus idiomas corrientes son el inglés y el francés. Ahora bien, cerca de su villa se alquiló otra, donde se habla otro lenguaje incomprensible para la inmensa mayoría de los europeos: el persa, y es su madre quien lo habla con sus familiares; su madre, que cuenta ochenta y tres años de edad y que todavía manda, considerándose jefe de la familia. En cierta ocasión solemne fué recibida por los monarcas ingleses, que la sentaron a su lado, mostrándose encantadores con ella.

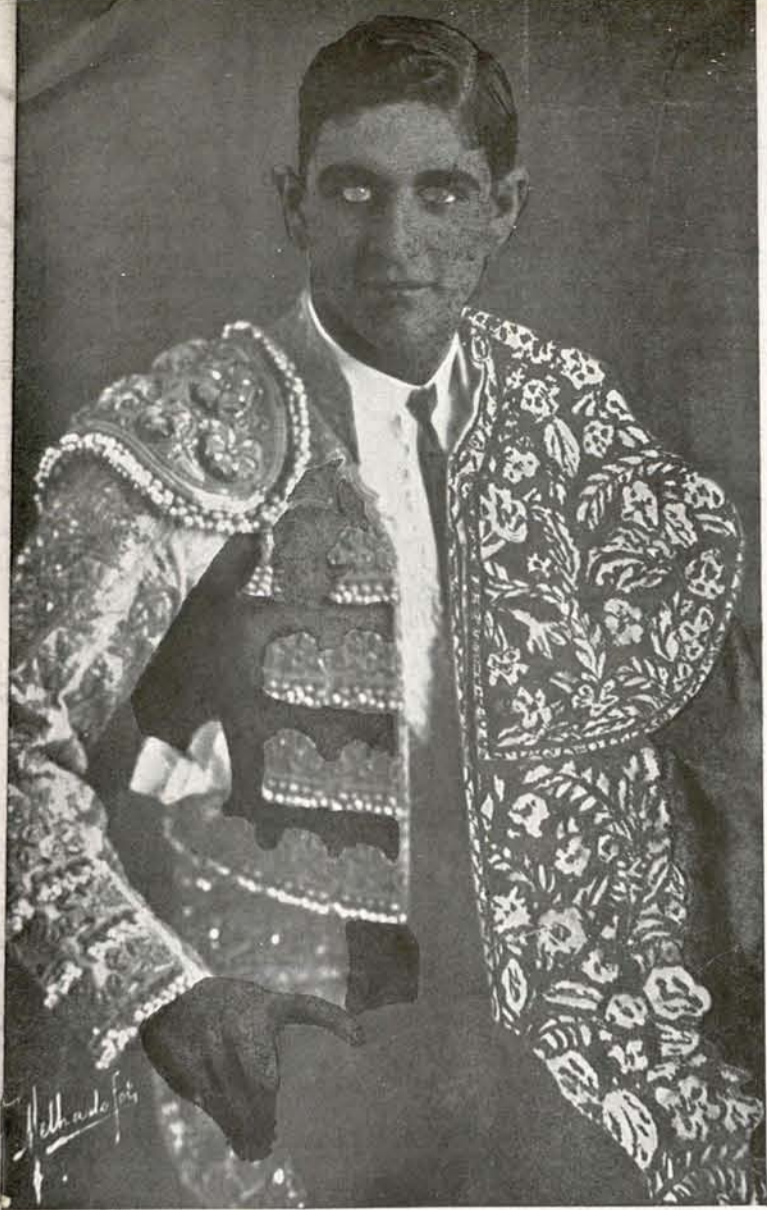
Tal es el hombre... príncipe, *gran sacerdote*, financiero, millonario, regalón, deportista, político, hábil negociante, turista, mitad oriental y mitad inglés, con un tanto por ciento de cosmopolita a descontar de esas dos mitades.

Los diarios y las revistas de todo el mundo se ocupan frecuentemente de sus caballos de carreras más que de sus actividades diplomáticas al servicio de la corona británica. Su fotografía aparece en muchas páginas.



# selecciones gráficas de la fiesta nacional

He aquí, lector, a Manolito Bienvenida, torero de casta, figura cumbre de la tauromaquia, que se ha "echado" a torear en Barcelona y entra gallardamente en la nueva temporada con un triunfo inicial apoteósico. La gloria y la fortuna le sonríen en los albores de la primavera, y es el niño mimado de las empresas, que se apresuran a hacer sus combinaciones sobre la base, firme y sólida, de sus bien ganados prestigios.



Manolito Bienvenida, torero largo, el más completo, sin duda, de los actuales lidiadores, que ahora cuida, con singular esmero, de depurar su estilo magníficamente.

En la corrida del 17 de marzo, en Barcelona, el primogénito del "Papa Negro" ha esculpido este lance de capa, naturalmente caídos los brazos, bien asentados los pies en la arena, y ese pecho maravilloso, en que el artista se recrea pasándose todo el toro por delante, que ofrecemos al lector aficionado como "punto de referencia" a la hora de comentar las grandes faenas del toreo.





# H I P I S M O



"Tambor", con el teniente Echanove, durante su lucida actuación en el Campeonato

## Campeonato Completo de Equitación

Por "EL PAJARO"

Como en años anteriores, organizadas por la Sociedad Hípica Española, se han celebrado los días 25, 26 y 27 las pruebas del Campeonato Completo de Equitación, denominado hasta hace pocos años Campeonato de Caballos de Armas, por ser en sus orígenes una competición genuinamente militar.

Este campeonato forma parte del programa ecuestre de los Juegos Olímpicos, y se corrió honrosamente, aunque con desgracia, por nuestra representación hípica en Amsterdam; y decimos que con desgracia, porque, de no haber sido eliminado uno de los tres jinetes que componían el equipo por un insignificante error de recorrido en el que incurrieron otras naciones también, nuestro equipo de campeonato completo hubiera alcanzado el segundo o tercer lugar, cuando menos, en la clasificación olímpica, que, unido al rotundo éxito alcanzado por el equipo de saltos de obstáculos, al conquistar el título de campeones olímpicos, nos hubiera puesto a la cabeza de todas las naciones en los deportes ecuestres, no obstante nuestra ausencia en las pruebas de alta escuela.

Siendo, pues, el campeonato completo de equitación uno de los deportes ecuestres donde nuestra representación hípica en la próxima Olimpiada de Berlín no ha de faltar, y a la que hemos de ir con probabilidades de éxito, conviene con tiempo seleccionar los mejores elementos de que se disponga, para que su preparación sea concienzuda y eficaz.

Por lo dura que es esta competición para el ganado, no se celebra más que una anualmente, y por ello es más difícil cerciorarse de cuáles son los verdaderos valores con que contamos.

Consta este campeonato de tres pruebas: una, mal llamada de doma; otra de fondo o resistencia y otra de saltos, que tienen lugar en tres días consecutivos.

El programa del campeonato que acaba de celebrarse aquí es muy similar al que ha de regir en la próxima Olimpiada.

La prueba de doma está constituida por un conjunto de movimientos de picadero, entre los que figuran paradas, cambios de aire y de velocidad, apoyos y cambios de dirección. La clasificación en esta prueba es muy difícil de hacer con verdadera equidad, y en la Olimpiada se hace por el método de los puntos y por varios equipos de juzgadores al mismo tiempo, siendo la clasificación definitiva de cada participante la media de las obtenidas por cada uno de los equipos.

Para que los movimientos se consideren correctos han de ajustarse, tanto en la forma de pedirlos como en las colocaciones con que ha de responder el semoviente, a los preceptos de la escuela francesa. El tratar de reunir en la misma competición y en un mismo caballo colocaciones de cabeza, cuello y equilibrio correspondientes a la escuela francesa en caballos que, por tenerles que exigir después el máximo esfuerzo, necesitan de su equilibrio natural, es decir, de los métodos de la escuela italiana, lo consideramos un error de concepto muy importante; y así lo consideran algunas naciones, entre ellas los italianos, que ya hicieron una proposición a la Federación Ecuestre Internacional, tratando de subsanar un error tan importante como el de aunar en una competición dos escuelas que son antagónicas completamente.

No está demás la prueba de doma, pero no debe ajustarse su clasificación a un equilibrio antagónico con el que es imprescindible que posea el caballo para rendir su máximo esfuerzo.

Confirman tal opinión los resultados de casi todas las competiciones de esta clase, pues las malas clasificaciones en la prueba de doma suelen corresponder a caballos que se clasifican después bien en las otras dos pruebas, y recíprocamente.

La segunda prueba, o de fondo, consistía en un recorrido de 36 kilómetros en la siguiente forma: siete kilómetros por caminos o senderos a la velocidad de 240 metros al minuto, o sea en 29 minutos y 10 segundos; cuatro kilómetros de «steeple-chase» a la velocidad de 600 metros por minuto, o sea en 6 minutos y 40 segundos; 15 kilómetros por caminos o sendas a la velocidad de 240 metros por minuto, o sea en 1 hora 2 minutos y 30 segundos; ocho kilómetros por terreno variado, con 35 obstáculos, a la velocidad de 450 metros al minuto, o sea en 17 minutos 46 segundos; dos kilómetros en liso a la velocidad de 333 metros por minuto, o sea 6 minutos.

La prueba es similar a la del programa olímpico, pero la forma en que se construyen los obstáculos que hay que salvar y lo más o menos dificultoso del terreno a recorrer hacen muy distintas unas pruebas de otras en lo que al resultado de la clasificación se refiere, pues el baremo de penalizaciones o bonificaciones que rige para la concepción, castigando a los que se exceden del tiempo marcado y premiando a los que lo hacen en menor tiempo, lleva consigo que si los tiempos no los cubre ninguno o pocos caballos, califica casi exclusivamente la tabla de penalizaciones, y como ésta es muy dura, separa

mucho en puntuación unos caballos de otros, y casi esta prueba decide el campeonato, sin que el resultado de las otras pueda modificarlo, dando con ello gran ventaja a los caballos de mucha clase o pura sangre.

Es, pues, difícil la organización de esta prueba de fondo, que resultó muy equitativa y bien organizada en este campeonato, contribuyendo a ello el excelente terreno de la dehesa del campamento de Carabanchel, donde se verificó.

La tercera prueba consiste en un recorrido de concurso hípico, en el que rige el mismo reglamento de estas competiciones. Los obstáculos no son de grandes dimensiones (1,10 y 1,20 metros), pero resultan fuertes, dado el esfuerzo realizado por los caballos el día anterior.

Esta prueba, como la de doma, se celebraron en la pista de la Escuela de Equitación Militar.

Se inscribieron para tomar parte en este campeonato los 13 participantes siguientes: «Tambor», del teniente Echanove; «The Bath», capitán Cavanillas; «Zephyr», teniente Artalejo; «Electricidad», teniente López del Hierro; «Fabricante», teniente Arnedo; «Fallos», capitán Serrano Aviz; «Labradero», capitán La Cerda; «Uvate», teniente Cros; «Danco», capitán Domínguez; «Festeo», teniente Noguerras; «Diasen», capitán Serrano Barinaga; «Chunga», teniente Lloréns, y «Logroñés», teniente Carratalá.

De todos los inscritos, sólo los dos primeros y el último son pura sangre. «Logroñés» se retiró en la primera prueba, quedando sólo dos para el resto de las mismas.

El resultado de la clasificación de doma fué el siguiente: 1.º, «Fabricante», Arnedo; 2.º, «Chunga», Lloréns; 3.º, «Fallos», Serrano (A.); 4.º, «Zephyr», Artalejo; 5.º y 6.º, empatados, «Tambor», Echanove, y «The Bath», Cavanillas; 7.º, «Festeo», Noguerras; 8.º, «Diasen», Serrano (B.); 9.º, «Labradero», La Cerda; 10, «Danco», Domínguez; 11, «Uvate», Cros; 12, «Electricidad», Hierro.

La prueba de fondo, debido a su buen piso y organización, la terminaron todos los caballos, menos «Chunga», que hubo de desistir. En esta clasificación, ya los pura sangre se destacaron y ocuparon los dos primeros lugares, siguiéndoles «Zephyr», «Electricidad», «Fabricante» y «Fallos».

En la prueba de saltos, la primera calificación correspondió a «Tambor», cuyo jinete, el teniente de Artillería Sr. Echanove, demostró durante todas las pruebas del campeonato una competencia, una seguridad y un dominio de la situación que le confirmaron una vez más como un completísimo jinete.

La clasificación definitiva del campeonato como resumen de las tres pruebas que lo componen fué la siguiente: Primer premio, «The Bath», del capitán Cavanillas, con 161 puntos; 2.º, «Tambor», del teniente Echanove, con 192 puntos; 3.º, «Zephyr», teniente Artalejo, 220 puntos; 4.º, «Electricidad», Hierro, 347 puntos; 5.º, «Fabricante», Arnedo, 405 puntos; 6.º, «Fallos», Serrano (A.), 454 puntos, 7.º, «Labradero», La Cerda, 727 puntos; 8.º, «Diasen», del capitán Serrano (B.).

De todos los caballos que se presentaron, solamente «The Bath», nos parece seleccionable para un campeonato de olimpiada, pues aunque «Tambor» ha estado, como se ve por las clasificaciones, muy cerca de «The Bath», terminó muy sentido de una mano, a pesar de las buenas condiciones del terreno, lo que indica que no aguantaría un campeonato más fuerte o en peores condiciones.

«The Bath» necesitaría, para poder ir a la próxima Olimpiada, una mayor seguridad en los obstáculos, y para esto hay sobrado tiempo, si se aprovecha; la yegua es un buen ejemplar, muy conocido de los aficionados hípicos por sus destacados triunfos en las carreras de vallas, montada por el marqués de la Vega de Boecillo, en el desaparecido Hipódromo y en el de Lasarte.

Los restantes participantes en el campeonato son ejemplares de escaso valor y que no



El presidente de la Sociedad Hípica Española haciendo entrega al capitán Cavanillas de la Copa lograda como vencedor del Concurso

se puede contar con ellos para salir al extranjero, pues realmente el fácil triunfo de «The Bath» y «Tambor» se debió, en parte, al escaso valor de sus contrincantes; y en la Olimpiada no ocurrirá eso, sino todo lo contrario: que todos serán ejemplares superiores a «The Bath».

Conveniente sería elegir con tiempo los que se pongan en preparación para la Olimpiada de Berlín. ¿Tendremos esa suerte?

LEA EN  
EL PRÓXIMO NÚMERO  
"LOS HOMBRES QUE  
COMEN PERROS"  
CURIOSO REPORTAJE DE  
RAMON MUÑIZ LAVALLE





Srta. Beatriz Losada



FOTOS  
GOYA



Srta. Luisita Lafuente Oncins

Se argumenta con insistencia que el libro en España es muy caro. Pero no es esta la única causa de la crisis que atraviesan en nuestro país la novela y el libro instructivo. Ocurre con el libro algo parecido a lo que ocurre con el teatro.

Estamos hartos de oír lamentaciones en el sentido de que el teatro es caro, causa por la que no va el público. Prescindiendo de los varios factores que encarecen la localidad, examinaremos solamente este fenómeno; es caro el teatro que hace pensar, el que educa los sentimientos y desarrolla la capacidad intelectual; en cambio no es caro el teatro que achabacana, el que es un insulto a la cultura y al idioma. Y el teatro de espectáculo, la revista atrevida, en la que el arte no aparece y sólo hay una cosa admirable: los desnudos femeninos. Es evidente que el teatro de revista, con precios muy superiores al otro, es negocio.

A pesar de la persecución gubernativa, los libros procazes y amorales, tanto los que circulan clandestinamente como los de tono esmeralda poco acusado, son adquiridos con fruición a pesar de su elevado coste. Esos libros, que subvierten el sistema nervioso y corrompen los sentimientos, desarrollando los instintos groseramente, se han adueñado de la voluntad humana aprovechando la ola de materialismo descarado y soez que invade despóticamente nuestra generación. Con su imperio han desecado la fuente de riqueza del sentimiento. Al lado del materialismo económico ha nacido el materialismo espiritual. Hasta hoy todo lo que no fuese escribir con rudeza de conceptos, con varonía en las imágenes, era ser un cursi; y leerlo, aún peor: ser retrógrado.

He escrito hasta hoy, intencionadamente, porque por fortuna se advierte una resurrección del buen gusto, un desahogo espiritual, reacción invulnerable de una adormecida sensibilidad, que anestesiada con el narcótico positivista, relevó a los hombres de la obligación de idealizar la vida.

Soy un convencido de que el mundo tiende a dar marcha atrás y centrar sus posiciones en el campo que inconscientemente abandonó, pesaroso de su aventura. Son muy pocos los que dicen ahora «es una burrada», «mujer bestial», y otras lindezas lingüísticas aprendidas en un teatro fácil, vano, presuntuoso, que corrompe y estraga nuestro más preciado tesoro: el idioma. La vuelta del romanticismo es un hecho. ¿Por qué así lo pensamos algunos españoles? Desgraciadamente no es así; el primer punto de apoyo lo encon-

## El libro y la vuelta al espíritu

Por ATILANO GIL RUIZ DE ACEVEDO



tré al presenciar la proyección de la película «Erase una vez un vals». La música de esta película, clásicamente romántica, aficionó al público descarriado a sentir esa sensación interna en lo hondo de su alma, que provoca la melodía dulce y conmovedora del vals vienés: música y situaciones románticas.

La madeja, ya empezada, prosiguió devanándose con «El Danubio Azul», ese magnífico vals de Strauss, que fué desenterrado oportunamente y vuelto a la actualidad para des-

pertar a una sociedad que se despeñaba por las simas de lo material... Otra vuelta de la madeja: «Vuelan mis canciones». ¿Quién que tenga sensibilidad no se siente fascinado al contemplar tanta exquisitez, que subyuga el alma humana? Son muchos golpes los recibidos por la frivolidad ambiente para que la reacción no se produzca. Y mayormente, si los aires vienen de fuera.

Un hecho reciente confirma nuestras esperanzas. El retorno del Sarre a Alemania. ¿Quién será capaz de negar la existencia de romanticismo en este resultado? Es notorio el descontento con el hitlerismo en el territorio del Reich; sin embargo, ante la idea de la patria surgió la manifestación romántica de retorno, no obstante los poco halagüeños horizontes que la situación económica de Alemania brinda. Surge la teoría del mar menor, y éste es el régimen: lo primero, la patria. La idea de patria es romántica por excelencia; por eso, el sentirla es consubstancial al sentimiento.

Pero es que también debemos admirar la misma manifestación espiritualista en el corto número de franceses que, aun a sabiendas de que les costaba abandonar sus medios de vida, conseguidos en quince años de establecimiento, no podían renunciar a su origen y votaron por Francia.

Vemos, pues, las nuevas corrientes hacia un nuevo estilo de vida: un equilibrio impuesto por las circunstancias, entre sentimiento y materialismo, excluyendo la absorción por éste de todas las manifestaciones de la vida.

El fenómeno romántico resurge como una consecuencia lógica, a pesar del maquinismo, la velocidad y la vida dinámica de nuestros días. El idealismo y el sentimiento pugnan por retoñar, y buenas muestras tenemos de que sus prosélitos crecen, aunque en la mayor parte de los casos repela el nombre, que ya no suena tanto a ridículo como en la década pasada...

Por todas estas razones es por lo que creo firmemente que se volverá a leer como antes, pero leer y sentir a la vez; refugiarse en las páginas de un buen libro para dar paz a los nervios y al cerebro fatigados del trabajo diario. Leer el libro que nos enseña con delectación y es el amigo más desinteresado que tiene el hombre.

Laborar por el libro, sin interés material, es laborar por una nación grande y culta. Es una verdad incontrovertible que los trabajos han de hermanarse con una reglamentación del coste. Pero esto no es de este lugar.

## S O C I A L E S



Srta. María Asunción de Polanco y Draque, que en breve contraerá matrimonio con el escritor D. Evaristo Correa-Calderón